

CRISTINA PRADA

MANHATTAN  
EXCITING  
LOVE

Autora de la exitosa trilogía

«Todas las canciones de amor que suenan en la radio»

zafiro

Lara es una chica normal y corriente. Quizás se parezca un poco más de lo que le gustaría a una ratoncita de biblioteca, sobre todo si se compara con sus amigas Sadie y Dylan.

Por eso, cuando estas le proponen dejar temblando la MasterCard y pasar un fin de semana a todo trapo en Atlantic City, al principio duda muchísimo, aunque finalmente acepta.

Sin embargo, Lara no contaba con que su mirada se cruzaría con la de Connor Harlow en mitad de un exclusivo club. Reconocería esos ojos verdes sin dudarlo, pues lleva bochornosamente enamorada de él ¡desde los trece años! Connor es guapísimo, elegante, sencillamente perfecto. Su sueño hecho realidad.

La vida de Lara se convertirá en un auténtico viaje de descubrimiento. Entenderá lo que significa la palabra indomable, cuántos sentimientos se pueden describir a través del sexo más salvaje y, sobre todo, lo que significa enamorarse de verdad.

## 1

—Lo siento, lo siento —repito cerrando mis libros de derecho internacional y guardándolos en el bolso.

Me levanto como un resorte y atravieso el pequeño salón.

—Pero ¿qué es lo que pasa, Lara? —pregunta Michael.

Yo me encojo de hombros sintiéndome muy culpable. Es un buen chico, inteligente, prudente, y siempre me ha tratado muy bien; no quiero hacerle daño por nada del mundo, pero no puedo.

—No lo sé —le confieso deteniéndome a unos pasos de la puerta.

—Pues entonces no te vayas.

Eso es lo único que tengo claro.

—Es que tengo que irme.

Estoy nerviosa. El corazón me late de prisa. Tengo la boca seca y me sudan las manos. Sólo quiero marcharme.

—¡Explícame por lo menos por qué!

—¡Eso intento!

Los dos hemos alzado la voz y ahora los dos nos hemos quedado en silencio.

—Lara, llevamos estudiando juntos cada día durante casi un año y ahora te he pedido una cita. ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo, pero no puedo.

—¿Por qué?

Respiro hondo tratando de coger aire. En el fondo no sé por qué. No hay un motivo que me haga huir de Michael, pero tampoco alguno que me diga que él es el adecuado.

No siento nada de lo que se supone que debería sentir. No hay deseo, ni electricidad y, por supuesto, no hay amor.

—Lo siento mucho, Michael —respondo al fin.

Salgo de su apartamento y atravieso el rellano con el paso acelerado hasta llegar a las escaleras. Mis manoleínas negras resuenan en todo el edificio.

—Lara, para —me llama.

Me detengo en mitad del segundo tramo y escucho sus pasos acercarse hasta que aparece por el hueco de la escalera, agarrándose con tesón a la barandilla.

—Sólo es una cita —dice malhumorado—. Tienes que crecer y madurar de una vez o vas a ser una ratoncita de biblioteca toda tu vida.

Yo le mantengo la mirada unos segundos y finalmente bajo los seis tramos de escalera que me quedan sintiéndome aún más culpable y, lo que es peor, muy avergonzada. Sé que tiene razón.

En la calle hace un calor insoportable. ¿Cómo es posible que siga haciendo este bochorno tan pegajoso? Ya estamos en septiembre. Esquivo a un par de estudiantes cargados con media docena de libros cada uno y cruzo la calzada con la mirada fija en mis pies. Me siento muy mal, y no sólo por haberle dicho que no a Michael. Tengo veintiún años; debería estar divirtiéndome, tener al menos un par de novios e ir a un número escandaloso de conciertos entre semana. En lugar de eso, estoy a punto de hacer mi último examen en mi máster en derecho internacional en Columbia después de haberme licenciado en Derecho y Económicas en Harvard con dos años de adelanto y ya llevo más de un año trabajando en la Oficina del ejercicio bursátil analizando inversiones. Mi vida debería parecerse a una canción de Taylor Swift y, en lugar de eso, es una pieza clásica de esas que los psicólogos aconsejan para relajarte hasta dormirte.

*Lara Archer: 0; Taylor Swift: 1.*

Ni siquiera hablando conmigo misma me concedo la ventaja.

Entro en The Hustle, nuestro bar preferido, y busco a las chicas con la mirada. Están en la mesa de siempre, tomando Cosmopolitans.

Camino con el paso decidido quitándome el pequeño bolso negro que llevo cruzado, pero debe de haberse enganchado con alguna presilla de mi pantalón capri negro.

—Hola, encanto —me saluda Sadie.

Me siento malhumorada.

—Hola —añade Dylan con una sonrisa.

Sigo peleándome con el bolso. Tiro, me revuelvo en el sillón y finalmente, tras un par de intentos, logro desengancharlo, pero, no sé cómo, consigo que, en lugar de estar cruzado, se quede rodeando mi cintura y tengo que acabar encogiéndome para sacarlo por los pies. Por suerte no vuelve a engancharse.

—Hola —refunfuño dejando al fin el bolso sobre la mesa.

—Estamos de muy buen humor —comenta Dylan socarrona.

—¿Qué ha pasado? —continúa Sadie en el mismo tono de voz—. ¿No te ha cuadrado un balance? ¿Se te resiste un contrato mercantil? ¿O por fin te has dado cuenta de que es realmente triste que tengas tantos libros y que en ninguno salgan fotografías de hombres desnudos?

—Ja, ja —ríe mordaz—. Muy graciosa.

Alzo la mano y le indico al camarero que quiero un Cosmopolitan. Todavía no es hora punta, así que aún sirven en las mesas.

—Michael me ha pedido una cita y le he dicho que no —confieso.

—¿Sabes que alguna vez tendrás que decirle a algún chico que sí? —replica Sadie.

Yo finjo no oírla y suspiro con fuerza.

—Déjala en paz —me defiende Dylan—. ¿Por qué le has dicho que no?

Me encojo de hombros.

—Deja de lamentarte —la interrumpe Sadie—. ¡Estamos solteras! —sentencia dejando absolutamente claro que es el momento más memorable en la vida de cualquier mujer mientras mueve los brazos con tesón al ritmo de *Boys wanna be her*,<sup>[1]</sup> de Peaches.

—A no ser que no quiera estarlo —interviene Dylan observándome con la mirada perspicaz a lo Sherlock Holmes.

—¿No quieres estar soltera? —pregunta Sadie escandalizada—. ¿A quién has conocido, maldito zorrón? —añade golpeándome en el hombro.

—No he conocido a nadie —respondo como si fuera obvio.

¿Y es obvio? Por desgracia, creo que sí.

—¿Entonces? —continúa—. Michael es mono y pasabais juntos muchas horas.

—La virginidad vuelve a crecer —apunta Sadie mordiendo la cañita de su cóctel.

Por mí bien, espero que no sea verdad.

—Michael no es lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—No lo sé.

Sí lo sé, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

El camarero deja mi copa sobre la mesita. Le doy las gracias y me la llevo inmediatamente a los labios.

—Sí lo sabes —replica Sadie.

—Claro que lo sabe —conviene Dylan.

—Creo que necesito amigas nuevas —protesto dando otro sorbo a mi copa.

—Suéltalo de una vez.

—Vamos.

Sólo tengo dos amigas, pero son sencillamente incansables y las conozco lo suficiente como para saber que no me dejarán tranquila hasta que confiese la última palabra.

—Quiero encontrar a alguien —claudico al fin—, y no quiero que sea práctico, ni alguien con quien se supone que deba estar sólo porque tiene los mismos intereses que yo o es bueno para mí. Quiero sentir de verdad. Quiero la adrenalina recorriéndome entera, que él sólo pueda pensar en tocarme. Quiero que me cueste trabajo respirar —suelto todo de un tirón, sin pensar, sólo describiendo lo que me muero por tener.

Cuando alzo la mirada, Dylan y Sadie me observan prácticamente boquiabiertas.

—Oh, por Dios —me lamento abochornada centrándome en remover la sombrillita de mi Cosmopolitan al ver que pasan los segundos y ninguna de las dos reacciona.

—Creo que me he puesto cachonda —sentencia Sadie sin más.

No tengo más remedio que reírme ante semejante afirmación, pero sigo avergonzada. Creo que ahora un poco más avergonzada.

—¿Sabes qué? Brindo por ti —pronuncia Dylan alzando su copa.

Sadie en seguida levanta también la suya con una sonrisa enorme y yo no tardo en acompañarlas. Siempre consiguen que me sienta mejor.

Brindamos y las tres damos un trago.

—Has descrito al hombre de tu vida —continúa Dylan—; enhorabuena, porque ahora lo difícil es encontrarlo.

Mi sonrisa se borra al instante.

—Esto es Nueva York —trato de defender mi postura—. Hay millones de hombres.

—Meeec —responde Dylan imitando el sonido de los concursos de la tele—, hay millones de gilipollas. Encontrar al perverso adecuado, guapo e inteligente es como dar con un mirlo blanco.

—Me estás deprimiendo —me quejo.

—Deprímete —me reta Sadie sin piedad—. Tú estás buena —protesta.

Bufo indignada.

—No es verdad —me defiendo—. Tú eres mucho más guapa que yo.

—Tienes unos ojos marrones enormes y preciosos.

—Que me ocupan la mitad de la cara —vuelvo a quejarme—. Por el amor de Dios, eres rubia.

—Estoy muy por encima de mi peso ideal —replica—. Es más, ya casi no veo dónde está mi peso ideal.

—Adiós, peso ideal de Sadie —comenta burlona Dylan.

—Zorra —contraataca.

—Culo gordo —defiendo a Dylan.

—Dientes de conejo —me llama ella defendiendo a Sadie.

—Tetas planas —se burla Sadie de Dylan ahora defendiéndome a mí.

—Lo que tú llamas mechas californianas —le recuerdo a Sadie tan impertinente como divertida—, yo digo que es que necesitas volver a teñirte el pelo urgentemente.

—Cállate —me dice Dylan— y busca algún libro que leer, ratón de biblioteca.

Las tres nos miramos un segundo y en ese mismo instante nos echamos a reír. La mejor terapia anticomplejos es reírte de ellos y de los de tus amigas.

Llego a casa a las tantas de la madrugada pero sintiéndome mucho mejor. Me tiro en la cama aún vestida, incluso con el bolso todavía colgado, y estiro los brazos y las piernas. Giro el cuello y paso del impoluto techo blanco del viejo dormitorio de mis padres al impoluto cielo de Manhattan. El cielo es de un precioso azul marino. Suspiro hondo y dejo que la suave sensación de euforia provocada por el alcohol lo ocupe todo. Sé lo que quiero. No voy a conformarme con menos.

Sé lo que quiero.

Sé a quién quiero.

—Connor Harlow —murmuro luchando porque no se me cierren los ojos y fracasando estrepitosamente.

Tengo clarísimo lo que quiero.

El sábado me levanto temprano. Todavía tengo mucho que hacer en la vieja casa de mis padres para convertirla en un lugar habitable. Lo primero y más urgente: comprarme una cama. Voy a Oly Atelier, una coqueta tienda a poco más de cinco manzanas del apartamento. No tenía ni idea de que existía hasta que hace unos días Dylan me enseñó una revista donde la mencionaban como uno de los mejores sitios en Nueva York donde ir a comprar espejos. En una de las fotos del reportaje aparecía una cama *vintage* de madera blanca absolutamente increíble. Espero que esté en venta.

De camino me detengo en una ferretería y compro pintura. Decidí dejar la pared principal del salón con ladrillo visto, me gusta el estilo que da y, además, me ahorro pintar, pero no puedo hacer lo mismo con todo el piso.

Ya en casa, con una sonrisa de oreja a oreja por saber que el lunes por la tarde tendré mi cama nueva, pongo música, me visto con la ropa vieja que siempre uso para pintar y tapo con plásticos todos los muebles que no soy capaz de mover. Sólo paro para comer y a media tarde miro más que satisfecha el dormitorio pintado de un impoluto blanco. Ha quedado genial. Atrapa toda la luz y hace un perfecto juego con los muebles *vintage* de madera. La semana pasada los limpie y les di una nueva capa de barniz. Tienen unos tonos violeta, apenas unos toques difuminados sobre la madera de haya, y grandes tiradores de latón labrado. Nunca pensé que sería capaz de atornillar tiradores, ni siquiera estaba segura de que los tiradores se atornillarían, así que estoy muy orgullosa del resultado.

Llevo todo el verano trabajando en esta casa, pero sin lugar a dudas está mereciendo la pena. No vivía en ella desde los siete años, pero, después de darle muchas vueltas, supe que aquí era donde quería estar. Esta casa es muy importante para mí.

Estoy lavándome las manos cuando llaman a la puerta. Salgo del baño y miro confusa hacia el recibidor. No espero a nadie, pero, antes de que pueda siquiera tratar de imaginar quién es, llaman de nuevo, aún más insistentemente. ¿Quién será?

—¿Quién es? —contesto al telefonillo.

—Abre, nenita —responde Sadie como si acabase de escaparse de un guateque de 1959.

Pulso el botón del intercomunicador y la espero al otro lado de la puerta con una sonrisa.

—Vístete —me ordena en cuanto me ve.

—Hola a ti también, Sadie —contesto burlona mientras la observo entrar en mi apartamento.

—No hay tiempo para formalismos, Lara Archer —contraataca fingidamente seria—. ¡Nos vamos a Atlantic City! —grita entusiasmada.

Yo sonrío y camino hasta ella. Definitivamente se ha vuelto completamente loca.

—Me encantaría, pero no puedo.

Si me voy a Atlantic City, será absolutamente imposible que termine todo lo que tengo que hacer en el apartamento.

Sadie me observa con atención durante unos segundos.

—No te he oído —responde al fin a la vez que se encoge de hombros y se dirige a mi habitación.

—No puedo —repito saliendo tras ella.

—Sigo sin oírte —me recibe.

Frunzo el ceño cuando veo mi mochila sobre el viejo colchón que temporalmente uso de cama y a Sadie rebuscando en mi armario.

—Acabo de terminar de pintar, estoy cansadísima, y aún me queda mucho que organizar aquí.

Además, quiero releer un par de libros sobre reinterpretaciones del código civil, aunque ese detalle prefiero guardármelo para mí.

—Hoy es sábado —me interrumpe.

Tuerzo el gesto conteniendo una sonrisa ante su clamorosa indignación.

—Me encantaría, pero no puedo —sentencio.

—¡Dios santo! —grita Sadie sorprendiéndome—. Lara, no hay discusión posible. Me niego en redondo a que la haya. Vas a coger esta mochila, vas a meter tus mejores bragas, tu vestido más corto y tus taconazos más altos y nos vamos a ir a Atlantic City.

Empiezan a sonar los primeros acordes *Never been in love*,<sup>[2]</sup> de Cobra Starship e Icona Pop.

Lo pienso un instante.

¡Qué demonios!

Subo la música.

—¡Nos vamos a Atlantic City! —grito.

—¡Sí!

Las dos empezamos a dar saltitos y palmaditas, incluso nos marcamos un baile digno de la disco de moda.

—Va a ser increíble.

—Va a ser legendario —me corrige con los labios fruncidos y el índice en alto.

Yo no puedo hacer otra cosa que sonreír y giro sobre mis pies para ir hasta la cómoda.

—No te olvides de las bragas de putón —me recuerda.

—¿Bragas de putón? —pregunto al borde de la risa.

Ella asiente, se gira para enseñarme el culo y se marca una raya a través de la nalga derecha.

—Rojas, negras, encaje, seda... esas cosas.

Mi sonrisa se ensancha mientras saco un bonito conjunto azul marino y lo tiro sobre la mochila. Sadie vive completamente obsesionada con el catálogo de primavera de La Perla. Si las contara, me apuesto todos mis libros a que constataría que Sadie tiene más bragas que Sarah Jessica Parker zapatos.

Justo antes de cerrar la puerta, entro de nuevo en mi apartamento, corro hasta la estantería del salón y cojo mi li-

bro *Externalización directa del comercio en países subdesarrollados*. Sólo por si tengo algo de tiempo.

«Sin comentarios».

Mi voz de la conciencia no me entiende en absoluto.

Sadie ha aparcado su viejo Cinquecento rojo o Doc, como lo llama, a un par de manzanas de mi edificio. Ese coche me trae un montón de recuerdos. Lo paseamos por todo Boston cuando estuvimos en la universidad y, al descubrir que era el escenario del tórrido romance de Sadie con el ayudante del guardia de seguridad del campus, Dylan y yo estuvimos riéndonos durante semanas.

Pasamos a recoger a Dylan y nos dirigimos a Atlantic City. Son dos horas y cuarto de camino o, lo que es lo mismo, unas treinta canciones cantadas a todo volumen con más tesón que tono. Por la vieja radio de Doc desfilan los grandes éxitos de John Newman, Taylor Swift o Nicki Minaj y una decena de veces el *All night*<sup>[3]</sup> de Icona Pop. Según Dylan, nuestro himno oficial para este fin de semana.

Ya a pocos kilómetros de la ciudad, los edificios a escasísimos metros de la costa nos hipnotizan. ¡Parecen salir del propio océano Atlántico! Nos desviamos de la carretera principal y tomamos la que nos lleva directa al hotel más deslumbrante de todo el paseo marítimo. Son cincuenta plantas llenas de luz.

—¿Nos hospedamos en el Borgata? —pregunto sorprendida.

Sadie frunce los labios divertida con la mirada fija en la calzada. ¡No me lo puedo creer!

—Una noche y dos días —responde Dylan—. La MasterCard para emergencias que me dio mi padre nos ha venido de perlas.

Sadie ralentiza la velocidad y atravesamos la entrada. Este lugar no tiene nada que envidiarle al mejor hotel de Las Vegas. Lo miramos todo con los ojos como platos, incluso el cartel de «Bienvenidos al Borgata». Nadie diría que venimos de la ciudad de los rascacielos.

Nos registramos en recepción y subimos a nuestra habitación en el piso veinte. Lo primero que hago cuando entramos es mirar a mi alrededor tratando de familiarizarme con la estancia. Desde que hemos puesto un pie en el hotel, me he fijado en cada pequeño detalle. Es mi manera de dejar a un lado la ansiedad. Odio los lugares desconocidos.

—¡Chicas, mirad lo que he traído! —llama nuestra atención Dylan con una sonrisa de oreja a oreja.

Deja su pequeña maleta sobre la inmensa cama *queen size*, la abre y saca una bolsa llena de pelucas. Sadie y yo nos acercamos con el paso titubeante y, sorprendidas, empezamos a curiosear. Un par de minutos después, Sadie ha sustituido su pelo rubio por una larga peluca color azabache, Dylan es pelirroja y yo escondo mi melena castaña de lo más común bajo una morena a los felices años veinte.

No tardamos en intercambiárnoslas y empezamos a probarnos vestidos. Antes de que nos demos cuenta, las camas y todos los sillones están llenos de ropa, hemos sido rubias, morenas y pelirrojas y nos estamos pintando las uñas mientras escuchamos música. Nos adaptamos rápido.

El plan es cenar en la avenida principal y después regresar al hotel. En el inmenso y exclusivo club que ocupa toda la planta baja del Borgata se organizan unas fiestas increíbles y, según Sadie, tienen un DJ impresionante.

Delante del espejo empiezo a agobiarme un poco. El vestido que me ha prestado Dylan es corto, ¡cortísimo! Si lo viera en una revista, me parecería precioso: negro, con diminutas piezas de pedrería que lo hacen brillar y las mangas asimétricas. Ideal para una *celebrity*; creo que Lauren Conrad lo luciría a las mil maravillas, pero tratándose de mí no sé qué ocurrirá antes: si me caeré de estos taconazos o si directamente me daré de bruces contra el suelo. En cualquier caso, acabaré enseñando el culo y las preciosísimas bragas de encaje negro que Sadie me ha obligado a ponerme. No es un vestido para mí.

—No me convence —digo girando sobre mis pies para verme por detrás.

—Estás guapísima —replica Dylan acercándose al espejo y retocándose el rímel con el reverso del índice—, y aún queda lo mejor.

Camina hasta la cama con toda seguridad sobre sus botines de infarto y regresa con la primera peluca que me probé, la morena de corte años veinte. La freno alzando las manos. Ese gesto está universalmente reconocido como una inmensa bandera blanca.

—Ya me siento un poco intimidada por el vestido y los taconazos... y las bragas —añado a punto de olvidarme de ese detalle.

—Precisamente por eso —interviene Sadie saliendo del baño y apagando la luz al tiempo que guarda su barra de labios en su *clutch* de Edie Parker—. Dale un disfraz a un hombre y hazlo libre.

—¿Esa frase no es «dale una armadura a un hombre y hazlo libre»? —contraataco confusa.

—¿Para qué queremos una armadura cuando estamos así de increíbles? —replica girando sobre sí misma para enseñarnos el vestido desde todos los ángulos—. No se nos verían las piernas —sentencia resaltando lo obvio.

Las tres rompemos a reír. No podría tener más razón.

Me pongo la peluca y me acerco a otro de los espejos de la habitación para ver el resultado final. No sé si Sadie se ha inventado esa frase o no, pero lo cierto es que funciona. Me siento como si estuviera protegida por un cristal antibalas. Soy otra Lara. La ratoncita de biblioteca está perfectamente escondida bajo este disfraz.

Salimos imaginando que estamos viviendo nuestra propia versión de *Resacón en Las Vegas*. Vamos a darlo todo. No hemos avanzado más que unos metros cuando nos cruzamos con tres chicos bastante guapos. Los tres nos miran de arriba abajo, pero nosotras continuamos caminando. Estamos siendo de lo más sexys y misteriosas hasta que, co-

mo vaticiné, me tropiezo con mis propios zapatos, me apoyo en Sadie para no caerme y ella se da de bruces contra una inmensa planta decorativa. Automáticamente nos miramos, miramos a los chicos que lo han visto todo y, antes de pensar en el ridículo que hemos hecho, volvemos a estallar en risas.

Sadie tenía razón. ¡Esta noche va a ser legendaria!

Comemos algo en un pequeño gastropub con tantos letreros de neón que por un momento parece que estamos en mitad de una calle de Hong Kong y regresamos al hotel.

Ya en los pasillos que conducen al club, vemos a muchísima gente. El ambiente es sorprendente. Dos porteros enormes hacen una criba, que por suerte pasamos, y otro con la misma cara de pocos amigos nos abre la última puerta. Las tres suspiramos alucinadas. ¡Es increíble! Centenares de personas bailan en la pista al ritmo del *Happy call*<sup>[4]</sup> de Thrust. Los láseres de colores atraviesan el ambiente y se mezclan con las manos de los que bailan. Hay muchísima gente y todos parecen estar pasándose en grande.

Dos mujeres altísimas y guapísimas nos dan un bonito antifaz a cada una. Las tres nos miramos sorprendidas y en ese instante nos damos cuenta de que todos en el club los llevan. Los chicos, en tonos oscuros. Las chicas, en tonos dorados. La noche promete.

Estoy perfectamente protegida: la peluca, el vestido y ahora la máscara. Me siento completamente a salvo y a la vez, en mitad de la acción, incluso consigo dejar toda mi ansiedad a raya y, tratándose de mí, es un absoluto triunfo.

Nos sonreímos absolutamente encantadas y echamos a andar decididas, dispuestas a cruzar la pista para conseguir unos Cosmopolitan. Sigo a las chicas pero no puedo evitar mirar distraída cada rincón. La sala es enorme. Hay varias barras, cada una un par de escalones más alta que la anterior, y en el centro se levanta la cabina del DJ. Cubriéndola por completo cuelga una especie de tela de vinilo negra donde se proyectan dibujos y formas geométricas al ritmo